

Casa flotante
ANAÏS NIN

Casa flotante



Anaïs Nin

La corriente del gentío quería llevarme con ella. Las luces verdes de las esquinas me ordenaban cruzar la calle, el guardia urbano sonreía y me invitaba a avanzar por entre los clavos plateados. Hasta las hojas de otoño obedecían a la corriente. Pero yo me separé de ella como un fragmento que cae. Me hice a un lado bruscamente y me quedé en lo alto de los escalones que bajan a los muelles. Ante mí estaba el río. El río no era como la corriente de la que acababa de apartarme, formada por elementos discordantes, que chocaban herrumbrosos entre sí, movidos por el hambre y el deseo.

Corrí escaleras abajo hacia el muelle; mientras descendía, los ruidos de la ciudad se alejaban, y las hojas caídas retrocedían a los rincones por el viento que levantaba mi falda. Al pie de la escalera yacían los marineros náufragos de la corriente callejera, los vagabundos que sé habían apartado, vencidos, de la vida de la gente, que se negaban a obedecer. Como yo, en algún punto de su trayectoria, se habían apartado, y yacían aquí náufragos bajo los árboles durmiendo, bebiendo. Habían abandonado el tiempo, las posesiones, el trabajo, la esclavitud. Caminaban y dormían con un ritmo contrario al del mundo. Renunciaban a casas y ropas. Estaban solos, pero no eran únicos, pues todos parecían haber nacido hermanos. El tiempo y la intemperie habían hecho sus ropas iguales; el aire y el vino les erosionaron a todos la piel. La costra de suciedad, las narices hinchadas, las lágrimas secas, les daban a todos la misma apariencia. Se habían negado a seguir la procesión de las calles, y seguían al río, que les arrullaba. Vino y agua. Cada día, ante el río, celebraban el ritual del abandono. Contra los momentos de rebelión, el vino y el río; contra el hierro cortante de la soledad, el vino y el agua se lo llevaban todo con un ritmo de silencios borrosos.

Echaban los periódicos al río, y ésta era su plegaria: ser llevados, levantados, abatidos, sin sentir el duro núcleo del dolor del hombre, alojado en su esqueleto, sino sólo el latido de la sangre que corre. Sin sobresaltos, sin violencia, sin despertar.

Mientras los vagabundos dormían, los pescadores fingían atrapar peces, y permanecían allí de pie, hipnotizados, durante horas y horas. El río se comunicaba con ellos por medio de las cañas de bambú, a las que transmitía sus vibraciones. El hambre y el tiempo eran olvidados. El perpetuo vals de las luces y las sombras les vaciaba de todos los recuerdos y terrores. Pescadores, vagabundos, saturados por el resplandor del río como por un anestésico que permitiera solamente el latir del pulso, se vaciaban de los recuerdos como en el curso de una danza.

La casa flotante estaba amarrada al pie de los escalones. Ancha y pesada sobre su quilla, moteada de luces y de sombras, bañada en los reflejos del agua, se balanceaba de vez en cuando movida por una respiración más profunda del río. El agua lamía perezosamente sus costados; el musgo crecía en torno al casco, por debajo de la línea de flotación, ondeaba como cabellera de náyade y se replegaba después contra la madera, a la que se adhería como hilos de seda. Los postigos se abrían y se cerraban según los caprichos del viento, y las gruesas pértigas que impedían que la embarcación tocara la orilla crujían como huesos. A veces, un estremecimiento recorría el barco dormido en el río, como un escalofrío de fiebre en un sueño. Las luces y las sombras interrumpían su vals. El barco hundía el morro en el agua y sacudía sus cadenas. Un momento de angustia: todo volvía a caer en la cólera, como en tierra. Pero no; el sueño del agua continuaba. Nada cambiaba. Allí podía aparecer la pesadilla, pero el río conocía el misterio de la continuidad. Un arranque de cólera y sólo se agitaba la

superficie, dejando intacto el sueño que fluía en lo hondo.

Los ruidos de la ciudad se alejaban hasta desaparecer cuando yo llegaba a la pasarela. Mientras sacaba la llave, tenía miedo. ¿Y si se me caía la llave al río, la llave de la puertecilla a mi vida en el infinito? ¿Y si el barco rompía las amarras y se lo llevaba la corriente? Ya lo había hecho una vez, rompiendo la cadena de proa, y los vagabundos me habían ayudado a colocarlo otra vez en su lugar.

Tan pronto como llegaba al interior de la barcaza, me olvidaba del nombre del río, del nombre de la ciudad. Una vez me encontraba entre las viejas paredes de madera, bajo las gruesas vigas, podía estar en un velero noruego recorriendo fiordos, en un mercante holandés navegando hacia Bali, o en un barco de yute en el Brahmaputra. Por las noches, las luces de la orilla eran las de Constantinopla, o las del Neva. Las campanas gigantescas que daban las horas eran las de la Catedral Sumergida. Cada vez que introducía la llave en la cerradura, sentía aquel crujido de cuerdas, aquel levar anclas, aquella fiebre de la partida. Una vez en el interior del barco, empezaban todos los viajes. Incluso por las noches, con los postigos cerrados, cuando no humeaba la chimenea, cuando estaba dormida y secreta, la casa flotante parecía navegar misteriosamente hacia algún lugar.

Por la noche, cerraba las ventanas que daban a los muelles. Al asomarme veía pasar oscuras sombras, hombres con las solapas levantadas y la gorra encasquetada hasta las cejas, mujeres con amplias y largas faldas, vendedoras del mercado que hacían el amor con los vagabundos detrás de los árboles. Las altas farolas de la calle no iluminaban los árboles y arbustos que había junto al gran muro. Sólo cuando crujía mi ventana las sombras que parecían ser una sola se dividían rápidamente en dos, y después, con el silencio, volvían a fundirse en una.

En aquel momento pasaba una gabarra cargada de carbón, dejando tras de sí unas olas que movían todas las demás embarcaciones. Los cuadros de mis paredes oscilaban. La red de pescador que colgaba del techo como una enorme telaraña se balanceaba, meciendo suavemente una concha marina y una estrella de mar que estaban atrapadas en ella.

Sobre la mesa tenía un revólver. Nada malo podía sucederme en el río, pero alguien había dejado un revólver allí creyendo que podría necesitarlo. Yo lo miraba como si me recordase algún crimen que hubiese cometido, con una sonrisa incontenible, como la que aparece a veces en los labios de las personas cuando se hallan ante grandes catástrofes que rebasan su capacidad de comprensión, la sonrisa que aparece a veces en el rostro de algunas mujeres cuando dicen que lamentan el daño que han hecho. Es la sonrisa de la naturaleza que afirma serena y orgullosamente su derecho a matar, la sonrisa que el animal de la selva no muestra nunca pero que, en el hombre, revela cuándo el animal vuelve a entrar en su ser y reafirma su presencia. Esta sonrisa acudió a mis labios cuando tomé el revólver y apunté al río por la ventana. Pero la idea de matar me causaba tanta aversión que incluso el disparar al agua me incomodaba, como si pudiese matar otra vez a la Desconocida del Sena, la mujer que se había ahogado aquí años atrás y que era tan hermosa que en la Morgue habían hecho un molde de yeso de su cara. El tiro llegó más deprisa de lo que esperaba. El río se lo tragó. Nadie lo oyó, ni desde el puente ni desde los muelles. Con qué facilidad podía cometerse un crimen allí.

Fuera, un anciano tocaba febrilmente el violín, pero no producía ningún sonido. Era sordo. Ninguna música brotaba de su instrumento; sus gestos temblorosos no producían ninguna música, sino sólo unos chillidos lastimeros.

En lo alto de las escaleras, dos policías charlaban con las prostitutas.

Cerradas ahora las ventanas que daban a los muelles, el barco parecía deshabitado. Pero las ventanas que daban al río estaban abiertas. El aliento del verano moribundo entraba en mi dormitorio, la estancia de las sombras, la morada de la noche. Gruesas vigas sobre mi cabeza, el techo bajo, un macizo aparador de madera adosado a la pared. Una lámpara india proyectaba dibujos al carbón en las paredes y el techo: un dibujo persa de flores de cactus, abanicos de encaje, hojas de palmera, un mandala lamaísta, minarettes, enrejados.

(Cuando me tiendo para soñar, no es sólo una flor de polvo nacida como una rosa en las arenas del desierto y destruida por una ráfaga de viento. Cuando me tiendo para soñar, es para plantar la semilla del milagro y de la realización.)

La cabecera de la cama se abría como un abanico sobre mi cabeza, una pluma de pavo real abriéndose en madera oscura e hilos de cobre, las alas de una gran ave dorada que flotaba en el río. El barco podía hundirse, pero no aquella amplia y robusta cama que recorría las noches que se extienden sobre los más hondos precipicios del deseo. Al caer en ella sentía las oleadas de emoción que me sostenían, las constantes oleadas de emoción bajo mis pies. Me escondía en aquella cama sólo para abrimme como un abanico y entrar flotando en un túnel de caricias alfombrado de musgo.

El incienso subía en espirales. Las velas ardían con delicadas oscilaciones de angustia. Mirarlas era como escuchar los latidos de un corazón amado, temiendo que pudiera detenerse el áureo ritmo. Las velas no llegaban a vencer la oscuridad, pero mantenían un inquietante duelo con la noche.

Oí un sonido en el río, pero cuando me asomé a la ventana estaba silencioso otra vez. Después oí el ruido de unos remos. Quedamente, se acercaban desde la orilla. Un bote topó contra mi barco. Hubo un ruido de anudar cadenas.

Espero al amante fantasma, al que obsesiona a todas las mujeres, el que aparece en mis sueños, el que está detrás de cada hombre agitando un dedo y meneando la cabeza: «este no es, éste no es...», dice. Prohibiéndome una y otra vez amar.

El barco debió de haber viajado durante la noche, pues habían cambiado el clima y el paisaje. El amanecer fue adelantado por unos gritos de mujer. Gritos interrumpidos por sonidos de asfixia. Corrí a la cubierta. Llegué en el preciso momento en que la mujer que se ahogaba asía la cadena del ancla. Sus gritos se hicieron más angustiosos cuando se vio más próxima a la salvación; su ansia de vivir se hacía más violenta. Con la ayuda de un vagabundo borracho, levanté la cadena, con la mujer aferrada a ella. La mujer hipaba, escupía, se asfixiaba. El vagabundo les gritaba órdenes a unos imaginarios marineros, explicándoles lo que había que hacer con los ahogados. Al inclinarse sobre la mujer estuvo a punto de caérsele encima, lo cual volvió a despertar la agresividad de ella y la ayudó a incorporarse y a entrar en el barco, donde le cambiamos la ropa.

El barco atravesaba un clima disonante. El fango había ascendido a la superficie del río, y rodeaba la embarcación una multitud de tapones de corcho. Los alejamos con escobas y pértigas; los corchos parecían ser atrapados por la corriente y alejarse, pero después volvían a rodear el barco como atraídos por una fuerza magnética.

Los vagabundos estaban lavándose en la fuente.

Desnudos hasta la cintura, se echaban agua en la cara y en los hombros, y después se lavaban la camisa y se peinaban, mojando el peine en el río. Aquellos hombres reunidos junto a la fuente sabían lo que iba a ocurrir. Cuando me veían

en cubierta me daban las noticias del día, me hablaban de la proximidad de la guerra, de las esperanzas de revolución. Yo escuchaba su descripción del mundo del futuro. Una aurora boreal y todos los hombres fuera de la cárcel.

El vagabundo más viejo de todos, que nada sabía del futuro, estaba en la cárcel de su borrachera. Sin escapatoria. Cuando estaba repleto como un barril, le fallaban las piernas y se caía irremisiblemente. Cuando era levantado por alcohólicas alas y se disponía a volar, las alas se abatían y se hundían en la náusea. Aquella pasarela de borrachera no llevaba a ninguna parte.

El mismo día, en aquel lugar de aflicción, se pelearon tres hombres en el muelle. Uno llevaba a la espalda un saco de trapero. El segundo exhibía una llamativa elegancia. El tercero era un mendigo que tenía una pata de palo. Discutían acaloradamente. El elegante estaba contando un dinero. Se le cayó una moneda de diez francos. El mendigo apoyó en ella su pata de palo, y se negó a retirarla. Ninguno de los otros dos logró asustarle, ni se atrevió a empujar la pata de palo. El hombre la mantuvo allí durante todo el tiempo que duró la discusión. Hasta que los demás se marcharon, no se inclinó para recoger la moneda.

El barrendero recogía las hojas secas y las tiraba al río. En mi buzón agrietado entraba la lluvia, y, cuando abría las cartas, parecía que mis amigos hubiesen estado llorando mientras me escribían.

Vino un niño y se sentó en la orilla del río, balanceando las delgadas piernas. Permaneció allí dos o tres horas, y después se echó a llorar. El barrendero le preguntó qué le ocurría. La madre del niño le había dicho que esperase allí hasta que ella volviese. Le había dejado un trozo de pan seco. El niño llevaba la batita negra de la escuela. El barrendero cogió el peine que llevaba, lo mojó en el río y peinó al niño, y después le lavó la cara. Yo me ofrecí a acogerle en mi barcaza. Pero el barrendero dijo:

-La madre no volverá. Lo hacen así. Otro que irá a parar al orfanato.

Cuando el niño oyó la palabra orfanato echó a correr tan de prisa que el barrendero no tuvo tiempo de tirar la escoba. Se encogió de hombros y dijo:

-Tarde o temprano le cogerán. A mí me pasó lo mismo.

Viaje de desesperanza.

El río tenía una pesadilla. Su vasto lomo de ballena estaba inquieto. Echaba en falta su suicida de todos los días. Más mujeres que hombres alimentaban al río; más personas querían morir en invierno que en verano.

Los corchos parásitos obedecían a cada ondulación del agua, pero no se separaban de mi barco; se pegaban a él como olas de mercurio. Cuando llovía, el agua se filtraba hasta la cabina de arriba y caía en mi cama, en mis libros, en la alfombra negra.

Me despertaba en plena noche con el cabello mojado. Pensaba que debía de estar en el fondo del Sena; que el barco, la cama, se habían hundido silenciosamente durante la noche.

No era muy diferente mirar todas las cosas a través del agua. Era como llorar frescas lágrimas sin sal, sin dolor. No estaba completamente aislada, sino en una región tan profunda que todos los elementos se unían en refulgente silencio, tan profunda que oía la música de la espineta dentro del caracol que lleva sus antenas como un órgano y viaja sobre el lomo de un pez arpa.

En aquel silencio y blanca comunión tenían lugar las circunvoluciones de las plantas que se convertían en carne, en planetas. Las torres eran horadadas por peces espada, la luna de limón giraba en un cielo de lava, las ramas tenían ojos sedientos que pendían de ellas como frutos. Los pajarillos estaban posados en las

hierbas, sin pedir alimento alguno, y sin cantar canción alguna, salvo el suave chant de la metamorfosis, y, cada vez que abrían el pico, los ventanales de colores cubiertos de telarañas se descomponían en serpientes y cintas de azufre.

La luz se filtraba por las losas de las enmohecidas tumbas, y las pestañas no podían cerrarse contra ella, las lágrimas no podían mitigarla, los párpados no podían apagarla, el sueño no podía disolverla, el olvido no podía liberarle a uno de aquel lugar donde no era de noche ni de día. Pez, planta, mujer, igualmente conscientes, con los ojos abiertos para siempre, confusos y confundidos en una comunión, en un éxtasis sin reposo.

Dejé de respirar en el presente, de aspirar el aire que me rodeaba hacia las urnas de cuero de los pulmones. Exhalé hacia el infinito, exhalé la bruma de una respiración de tres cuartos de tono, una ligera pirámide de latidos de mi corazón.

Aquel respirar más ligero que la respiración, sin la presión del viento, como la delicadeza encalmada del aire en las pinturas chinas, del aire que sostiene un solo pájaro, negro y veloz, una sola nube sin aliento, que dobla una rama, precedía a la blanca histeria del poeta y a la roja y espumeante histeria de la mujer.

Cuando cesó aquel inhalar de partículas, de motas de polvo, de microbios de herrumbre, de todas las cenizas de muertes pasadas, aspiré el aire de los no nacidos y sentí mi cuerpo como un chal de seda que descansaba fuera del borde azul de los nervios.

El cuerpo recobró la calma de los minerales, sus savias de planta; los ojos se convirtieron otra vez en gemas, hechas sólo para centellear y no para derramar lágrimas.

El sueño.

No será necesario vigilar la llama de mi vida, en la palma de mi mara, esta llama tan pálida como el espíritu santo que habla en muchas lenguas cuyo secreto nadie posee.

El sueño la vigilará. No es necesario permanecer con los ojos muy abiertos. Ahora los ojos son gemas, el cabello un abanico de encaje. El sueño me cubre.

La pulpa de las raíces, la leche de los cactus, el gotear de azogue de las hayas de plata están en mis venas.

Duermo con los pies en alfombras de musgo, con mis ramas en el algodón de las nubes.

El sueño de cien años lo ha inmovilizado todo en el rostro plateado del éxtasis.

Durante la noche, la casa flotante salió del paisaje de la desesperanza. El sol iluminaba las vigas de madera, y bailaba en ellas la luz que reverberaba en el agua. Al abrir los ojos, vi la luz jugar a mi alrededor, y me pareció estar mirando, a través de una abertura en el cielo, una región mucho más próxima al sol. ¿A dónde había ido el barco durante la noche?

Tenía que estar próxima la isla de la alegría. Me asomé a la ventana. El vestido de musgo de la barca estaba más verde, bañado por unas aguas más limpias. Habían desaparecido los tapones de corcho, y el olor a vino agrio. Las pequeñas olas pasaban con gran precipitación. Las olas eran tan claras que me permitían ver las raíces de las indolentes algas que habían crecido junto a la orilla del río.

Aquel día desembarqué en la isla de la alegría.

Ahora podía ponerme el collar de conchas marinas y pasear por la ciudad con la arrogancia de mi secreto.

Cuando volví a la barca, con los brazos cargados de velas nuevas, vino, tinta, papel para escribir, clavos para los postigos rotos, me paró el policía en lo alto de la escalera.

-¿ Hay una fiesta en el muelle?

-¿ Una fiesta? No.

Cuando corría escaleras abajo, comprendí. ¡ Había una fiesta en el muelle! El policía lo había visto en mi cara. Una celebración de luces y de movimiento. Confetti de motitas de sol, serpentinas de corrientes acuáticas, música del violinista sordo. Era la isla de la alegría a la que había llegado por la mañana. El río y yo nos uníamos en un largo sueño en espiral, en un sueño sin fin, con sus corrientes profundas, con sus corrientes aún más profundas de oscura actividad; el río y yo nos regocijábamos porque albergábamos oscuros misterios de las vidas del fondo de sus aguas.

El gran reloj de la Catedral Sumergida dio doce campanadas para la fiesta. Las barcasas pasaban lentamente al sol, como carrozas festivas que arrojaban ramilletes de relámpagos desde sus metales bruñidos. La ropa lavada, azul, blanca y rosada, estaba tendida a secar y ondeaba como banderas; los niños jugaban con gatos y perros; las mujeres llevaban el timón con serenidad y gravedad. Todo era lavado por el agua y la luz, que se deslizaban a paso de sueño.

Pero, cuando llegué al pie de la escalera, la fiesta terminó bruscamente. Tres hombres estaban cortando las algas con unas largas guadañas. Me puse a gritar, pero ellos siguieron trabajando tranquilamente, empujando las algas lejos de la orilla para que las arrastrase la corriente. Y se rieron de mi cólera. Uno de ellos me dijo:

-Estas plantas no son tuyas. Tenemos órdenes del Departamento de Limpieza. Vaya a quejarse allí.

Y, con gestos más rápidos, cortaron el resto de las algas y entregaron a la corriente la blanda alfombra verde.

Así se alejó el barco de la isla de la alegría.

Una mañana, lo que encontré en el buzón fue una orden de la policía fluvial; debía alejar la barcaza del lugar donde estaba. Se esperaba la visita del rey de Inglaterra, y no le agradaría el espectáculo de los barcos vivienda, de la ropa tendida en las cubiertas, de chimeneas de depósitos de agua de herrumbrosos colores, las pasarelas medio desdentadas, y otras flores humanas nacidas de la miseria y de la pereza. Se nos ordenaba a todos que nos alejásemos un buen trecho río arriba, nadie sabía exactamente hasta dónde porque la orden venía en lenguaje técnico.

Uno de mis vecinos, un ciclista a quien le faltaba un ojo, vino a hablar de las expulsiones y a invocar unas leyes que no habían sido hechas para dar a los barcos vivienda el derecho a reposar en el corazón de París criando moho. El pintor gordo que vivía al otro lado del río, un hombre sudoroso que llevaba siempre la camisa abierta, vino también a discutir el asunto y a proponer que no nos moviésemos en absoluto, como protesta. ¿Qué podía ocurrir? En el peor de los casos, dado que no había leyes contra nuestra permanencia allí, la policía tendría que traer un remolcador y arrastrarnos a todos en fila, como una cuerda de presos. Esto era lo peor que podía pasarnos. Pero el ciclista tuerto se quedó muy abatido ante esta posibilidad, pues, según explicó, su barcaza no era lo bastante fuerte como para soportar el ser remolcada entre otras embarcaciones más grandes y pesadas. Había oído decir que una barcaza pequeña se había partido

por la mitad en el curso de un desplazamiento como aquél. Y no creía que la mía pudiese soportarlo tampoco.

Al día siguiente, el vecino tuerto fue remolcado por un amigo que pilotaba uno de los vapores para turistas; se marchó al amanecer como un ladrón, con su temor al traslado colectivo. Después se fue el pintor gordo, remolcado lenta y dificultosamente, pues su barcaza era la más pesada. Tenía un piano y unos enormes lienzos; todo ello pesaba más que una carga de carbón. Su partida dejó un gran hueco en la hilera de barcos, como el hueco de un diente desaparecido. Los pescadores acudieron a pescar en aquel espacio despejado, muy contentos. Siempre habían deseado que nos marchásemos, y creo que fueron sus oraciones las que fueron escuchadas y no las nuestras, pues al poco tiempo las cartas de la policía se hicieron más apremiantes.

Yo fui la última que quedó, creyendo aún que se me permitiría quedarme. Cada mañana iba a visitar al comisario de policía. Siempre creía que se haría una excepción por tratarse de mí, que las leyes y ordenanzas no me afectarían. No sé por qué pensaba esto, salvo porque me había ocurrido muy a menudo. El comisario se mostró en extremo hospitalario; me permitía pasar horas en su despacho, y me daba folletos para que me entretuviese. Me familiaricé con la historia del Sena. Llegué a saber cuántos barcos se habían hundido en él, cuántos vapores turísticos habían chocado, cuántas personas habían sido salvadas del suicidio por la policía fluvial. Pero la ley permaneció inquebrantable, y el consejo que me dio el comisario, disimuladamente, fue el de que llevase mi barcaza a un astillero cercano a París donde podían hacérsele algunas reparaciones mientras esperaba el permiso para volver. Como el astillero estaba cerca de París, quedé con el capitán de un remolcador para que viniese a recogerme aquel mismo día.

La aproximación del remolcador a mi barcaza fue algo muy parecido a un galanteo; se hizo con gran cuidado y con muchas defensas de corcho. El remolcador conocía la fragilidad de aquellas viejas gabarras convertidas en viviendas. La esposa del capitán preparaba el almuerzo mientras se llevaban a cabo las maniobras. Los marineros soltaban las amarras, y uno alimentaba el fuego. Cuando el remolcador y la barcaza estuvieron atados como gemelos, el capitán quitó la pasarela, abrió su botella de vino tinto, bebió un buen trago y dió las órdenes para la marcha.

Empezamos a navegar suavemente. Yo corría por todo el barco, celebrando la sensación más extraña que había conocido nunca, aquel viajar por un río rodeada de todas mis posesiones, mis libros, mis diarios, mis muebles, mis cuadros, mis ropas en el armario. Me asomé a cada una de las pequeñas ventanas para contemplar el paisaje. Me eché en la cama. Era un sueño. Era un sueño aquel ser un caracol de mar viajando con la casa a cuestas.

Un caracol de mar deslizándose por la conocida ciudad. Sólo en un sueño podía moverme tan suavemente con el leve latido del corazón humano sincronizado con el ruido del remolcador, mientras París se desplegaba, se abría en hermosas ondulaciones.

El remolcador bajó las chimeneas para pasar por debajo del primer puente. La esposa del capitán servía el almuerzo en la cubierta. Entonces descubrí con inquietud que el barco hacía agua. El agua se filtraba ya por el suelo. Me puse a accionar las bombas, pero no pude dominar las vías de agua. Llené baldes, ollas y cazos, y aun así no pude controlar el agua, de modo que llamé al capitán. Al saber lo que ocurría, se echó a reír y dijo:

-Tendremos que ir un poco más despacio. Y así lo hizo.

El sueño continuó. Pasamos bajo un segundo puente; el remolcador abatía sus chimeneas como en un saludo. Pasamos por delante de todas las casas en las que yo había vivido. Desde muchas de aquellas ventanas había contemplado con envidia y tristeza el correr del río y el paso de las barcazas. Y hoy era libre, y viajaba con mi cama y mis libros. Soñaba y corría con el río, achicando agua con baldes, pero estaba en un sueño y era libre..

Se puso a llover. Me llegó el olor del almuerzo del capitán, y fui a buscar un plátano. El capitán me gritó:

Suba a cubierta y diga dónde quiere que paremos!

Me senté en cubierta con un paraguas, comiéndome el plátano y observando el curso de la travesía. Estábamos fuera de París, en el tramo del Sena al que van los parisinos a nadar y a remar. Pasamos por el Bois de Boulogne, por la zona reservada donde sólo se permitía atracar a los pequeños yates. Pasamos por debajo de otro puente, y llegamos a una zona fabril. En la orilla había barcazas abandonadas. El dique era una vieja gabarra rodeada de esqueletos podridos de barcazas, montones de madera, anclas oxidadas y depósitos de agua agujereados. Una barcaza estaba volcada, y las ventanas colgaban a un lado medio arrancadas.

Mi barco fue remolcado hasta el muelle, y el capitán me dijo que atracaríamos junto a la barcaza del guarda, que el anciano y su esposa vigilarían mi gabarra hasta que el jefe viniese a ver qué reparaciones había que hacer.

Mi Arca de Noé había llegado sana y salva, pero yo me sentía como si estuviese llevando a un caballo viejo al matadero.

El anciano y la anciana, que eran los vigilantes de aquel cementerio, habían convertido su camarote en una portería bien arreglada, a fin de recordar su antiguo esplendor burgués: una lámpara de petróleo, una estufa de azulejos, recargados aparadores, encaje en el respaldo de los sillones, flecos y borlas en las cortinas, un reloj suizo, muchas fotografías, chucherías diversas, todos los testimonios de su vida anterior en la tierra.

De vez en cuando venía la policía a ver si estaba arreglado mi techo. Lo cierto era que, cuantos más parches de madera y hojalata le ponía el jefe, más entraba la lluvia. Caía en mis vestidos y goteaba sobre mis zapatos y mis libros. Invité al policía a comprobarlo por sí mismo, pues la duración de mi estancia allí le inspiraba sospechas.

Entretanto, el rey de Inglaterra había vuelto a su país, pero no se promulgó ninguna ley para permitir nuestro regreso. El vecino tuerto tuvo la osadía de volver, y fue expulsado al día siguiente. El pintor gordo volvió a su lugar, delante de la estación d'Orsay; tenía un hermano diputado.

Así pasó mi barcaza al exilio.